

ORACIÓN FÚNEBRE

DEL EMMO. SR. D. FRAY

CEFERINO GONZÁLEZ Y DÍAZ TUÑÓN



ORACIÓN FÚNEBRE

DEL

EMMO. SR. D. FRAY

CEFERINO GONZÁLEZ Y DÍAZ TUÑÓN

DE LA ORDEN DE PREDICADORES

Presbítero Cardenal de la S. I. R.

PRONUNCIADA EN LA CATEDRAL DE MADRID

EL 6 DE DICIEMBRE DE 1894

POR EL

EXCMO. SR. D. FR. RAMÓN MARTÍNEZ VIGIL

de la misma Orden, Obispo de Oviedo.



MADRID — 1894

IMPRESA DE LUIS AGUADO

Calle de Fontejos, núm. 8.

Tel. 697.

A-1881206118

1875

AL · EXCMO · SEÑOR
DON · ALEXANDRO · PIDAL · I · MON
D · O · C ·
ESTA · ORACION · FVNEBRE
MEMORIAL
DE
COMVN · DESCONSVELO
EN · LA · PERDIDA
DE · QVIEN · FVE · EN · VIDA
MAESTRO · QVERIDISIMO · DE · AMBOS
EL · AVTOR



*Sapientiam ejus enarrabunt
gentes, et laudem ejus enuncia-
bit Ecclesia.*

Las naciones pregonarán su
sabiduría, y la Iglesia celebrará
sus alabanzas.

(ECCLI. XXXIX, 14.)

RMOS. SEÑORES ¹:

EXCMOS. SEÑORES:

SEÑORES:

UNIR la ciencia con la virtud, ó, si os place, armonizar en el mismo espíritu y en el mismo corazón el antagonismo aparente de la sabiduría celestial y de la sabiduría mundana, es la labor y la característica del varón perfecto. *Quis est hic et laudabimus eum?* ² ¿Quién es éste y cantaremos sus alabanzas? Pues para el logro de tamaña empresa se requiere que su vida haya sido un tejido de maravillas: *Fecit enim mirabilia in vita sua* ³.

¹ Los Sres. Nuncio Apostólico y Obispos de Madrid, Córdoba, Segovia, Salamanca, Badajoz, Zamora, Palencia y Sión.

² *Eccli.* XXXI, 9.

³ *Id.*

Porque la sabiduría celeste, nos dice el Apóstol Santiago, tiene por adorno el pudor, por sello distintivo la paz, por carácter la docilidad, por defensa la modestia, la reserva por natural, el candor y la sinceridad por lenguaje, por delicia la conversación con los buenos y la deferencia con sus deseos; é impaciente por ser útil á los demás, después de santificar á quien la posee, se difunde exteriormente á los ímpetus de su caridad y edifica con el espectáculo de sus virtudes. *Quæ desursum est sapientia primum quidem pudica est, deinde pacifica, modesta, suadibilis, bonis consentiens, non judicans, sine simulatione, plena misericordia et fructibus bonis* ¹.

La ciencia humana, por el contrario, es calificada por el citado Apóstol como terrestre, porque jamás eleva su mirada al cielo; animal, porque propende á halagar la corrupción del hombre, fomentando el goce de los sentidos; diabólica, porque trae su origen desde la cuna de la humanidad, del príncipe de las tinieblas. *Non est sapientia desursum descendens, sed terrena, animalis, diabolica* ². Sabiduría profana, que si no es purificada, ennoblecida y dirigida por la sabiduría de los Santos, se hace enemiga de Dios, y es funesta para el hombre á quien enorgullece y precipita en la impudicia y en la ignominia del sentido reprobado.

Pues esas dos sabidurías, que parecen excluirse perpetuamente y luchar con implacable é incesante antagonismo, las concilió en estrecha intimidad en sí mismo el ilustre Príncipe de la Iglesia, gloria de España, el Emmo. Sr. D. Fr. Ceferino González y Díaz Tuñón, Cardenal de la Santa Iglesia Romana, del título de Santa María de la Minerva, por quien

¹ *Jacobi* III, 17.

² *Jacobi* III, 15.

llevan hoy luto en el alma la ciencia y las letras patrias. En él hemos contemplado la cifra de cuanto la sabiduría terrestre tiene de inocente, útil y sublime, y lo que tiene de más santo, heroico y perfecto la sabiduría celeste; en él hemos visto la elevación del genio y la ternura de la devoción, la extensión de los conocimientos humanos y la sencillez de la fe, la ciencia que envanece y la caridad que edifica, la sublimidad del saber y la humildad del corazón. A él pueden aplicársele los elogios que del sabio hace el hijo de Sirach, cuando dice: Con el espectáculo de las virtudes edificó la tierra que había llenado de admiración con la sublimidad de su saber, y tendrá en consecuencia derecho á las alabanzas de los pueblos y á los aplausos de la religión. *Sapientiam eius enarrabunt gentes, et laudem ejus enunciabit Ecclesia.*

Ante el dolor agudo que me punza porque no he de ver más entre los vivos al venerable y santo maestro de mi juventud, que vaga ya por la región de los muertos; porque no he de escuchar, ni una vez solamente, aquella voz simpática y persuasiva, encarnación vivísima de la filosofía cristiana, ni gozar de la presencia de quien sólo dejó entre nosotros su fría envoltura, objeto de esta ceremonia lúgubre y causa de llanto universal; ante todas esas notas tristes y desconsoladoras, me creo feliz con poder alabar en este día á un grande hombre, según el mundo; á un gran religioso, según Dios. Y si la tarea que se me ha impuesto es ingrata por lo difícil, sé que la pública opinión se me ha anticipado, y al encomiar la virtud, al determinar el carácter del sabio cuya pérdida funde en uno todos los sentimientos, no he de temer la contradicción de nadie; porque seré eco del pensamiento universal presentando al Padre Ceferino, así llamado cariñosamente, como un verdadero religioso sabio y un verdadero sabio religioso, de quien el hombre profano debe admirar el saber, y

el hombre religioso aplaudir la virtud. Diré á unos: Admirad á un hombre que debe principalmente la grandeza de su ciencia al heroísmo de su devoción, y confundíos. Diré á otros: Admirad á un hombre que llegó al heroísmo de la devoción, no obstante las tentaciones y los peligros del saber y de las grandezas humanas, y edificaos. Y todos, religiosos y seglares, sabios é ignorantes, asociaremos nuestras lágrimas, nuestras oraciones y nuestros elogios para honrar la tumba de quien resumiendo en grado eminente las grandezas de la ciencia, de la fe y de las dignidades humanas, hizo de ellas un prodigio singular, y fué su apología viva, su modelo, su adorno y su esplendor.

Excmo. Sr.: habéis ofrecido el sacrificio incruento por el eterno descanso del Cardenal González, interpretando los sentimientos del Gran Pontífice, restaurador de la Filosofía tomística, que colocó sobre el candelero la antorcha de esa misma Filosofía. España, que tanto ama y tanto debe á León XIII; España, legítimamente asociada á este duelo por los representantes del Trono, del Gobierno, de la Iglesia, del Ejército y de todas las elevadas Corporaciones del Estado, ruega á V. E., por mi conducto, que sea fiel intérprete de su reconocimiento al Padre Santo por este nuevo testimonio de su amor; mientras que yo, descargado el pecho de esa deuda de gratitud, entro, Señores, con vuestro permiso, en el desarrollo de mi pensamiento.

I

El Emmo. Cardenal González nació, en Enero de 1831, en la pequeña villa de Villoria, ayuntamiento de Laviana y provincia de Oviedo, de honradísimos padres, que le legaron preciosa herencia de virtud, de candor y de inocencia ¹. Distinguióse el joven Ceferino, desde la aurora de su razón, por dos virtudes que fueron el encanto de su vida, sus amores y el secreto de su grandeza: el estudio y la virginidad. No extrañéis, Señores, que otorgue á esta última virtud importancia trascendental en la vida de nuestro héroe. La raíz del conocimiento, enseña el Angélico Doctor, es la inmaterialidad del alma; una alma completamente materializada no es apta para conocer; una alma emancipada de la materia puede remontarse hasta recordarnos la intuición angélica. La pureza virginal transforma al hombre en un sér extraordinario, lo eleva á un orden superior en las esferas de la gracia, lo coloca en las jerarquías de los espíritus. Por el contrario, una alma insensible á las bellezas de la virtud, y sólo dócil al

¹ El Cardenal González

Nació el 28 de Enero de 1831.

Profesó el 13 de Febrero de 1847.

Llegó á Manila el 24 de Febrero de 1849.

Preconizado Obispo de Málaga el 16 de Enero de 1875.

» » de Córdoba, el 5 de Julio de 1875.

» Arzobispo de Sevilla, el 15 de Marzo de 1883.

» Cardenal, el 10 de Noviembre de 1884.

» Arzobispo de Toledo y Patriarca, el 25 de Mayo de 1885.

» Arzobispo de Sevilla, el 15 de Enero de 1886.

Se le admitió la dimisión el 30 de Diciembre de 1889.

Falleció el 29 de Noviembre de 1894.

Inhumado en Ocaña el 2 de Diciembre de 1894.

incentivo de los placeres y á las sollicitaciones de la concupiscencia, corre á sacrificar los primeros días al ídolo de la voluptuosidad, y permite que el libertinaje tuerza sus inclinaciones é infiltre su veneno en los pliegues más íntimos del corazón; y debilitada la razón, y materializada por la molicie, y oscurecida por los densos vapores de la impudicicia, entre los ardores de una imaginación corrompida, la irritación de los sentidos rebeldes y el tumulto de inclinaciones dominadoras, el hombre queda imposibilitado para saborear las aguas cristalinas de la fuente de la sabiduría, que huyen, dice el Espíritu Santo, del alma manchada de impurezas: *in malevolam animam non introibit sapientia* ¹.

Lo que pervierte las inclinaciones oscurece también la razón, y lo que separa el corazón de la virtud aleja también de la ciencia á los espíritus; y por una consecuencia contraria, el espíritu del joven Ceferino, en la calma de una imaginación exenta de lascivos fantasmas, multiplicó sus fuerzas nativas para recorrer la inmensa escala del saber humano y alcanzar en ella palmas inmarcesibles.

Comprendió además que la virtud de la pureza es tan frágil como preciosa, y á manera de azucena delicada, cuya deslumbrante blancura puede ser alterada por el más fugitivo rayo; y por eso, apenas terminados los estudios elementales de Humanidades, corrió presuroso á ampararla bajo el blanco cendal de la Orden de Santo Domingo, en el Real Colegio de Misioneros de Asia, sito en la villa de Ocaña, único que se había salvado del gran desastre de 1837.

Aun me parece verlo, señores, y no había cumplido yo cinco años. Era una hermosa tarde del estío de 1845, en la que, por ausencia del autor de mis días, recibía yo el tierno

¹ *Sapient.* 1, 4.

adiós de ese niño, que marchaba lejos, muy lejos, para evangelizar infieles..... Aquella impresión fué tan profunda é indeleble, que acaso influyó en mis destinos.

El joven Ceferino tomó el santo hábito á la tierna edad de catorce años. ¡Cuán bueno es que el hombre se someta al yugo de la disciplina desde su temprana edad! ¹ Aquella vida austera, silenciosa y metódica; aquella sucesión ordenada de oración y de estudio durante diez y ocho horas diarias, desde las cuatro de la mañana hasta las diez de la noche; aquella ley, jamás infringida, de pesar el tiempo cual si fuera oro, grabó en el ánimo del joven novicio esos hábitos de trabajo, de oración y de estudio que observó inflexible por espacio de medio siglo. Puedo hablaros, señores, con la seguridad de quien lo ha observado de cerca; de quien ha vivido con el P. Ceferino en intimidad de trato mientras éste fué Catedrático de la Universidad de Manila, Director de su internado y del internado de Santa Catalina, Secretario del Provincial, y Rector del Colegio de Ocaña; puedo testificar de su vida como Prelado de tres grandes Iglesias de España, como Cardenal de la Santa Iglesia Romana; puedo describiros aquí en pocas palabras su vida de siempre como religioso, como sabio y como Pontífice; sus constantes prácticas de piedad, su asiduidad al trabajo y al estudio, su abnegación, su caridad, su prudencia consumada en la dirección y en el gobierno de las almas. Esa vida fué un martirio continuado, sordo, y hasta me atrevería á decir, sin brillo: una de esas vidas que pasan inadvertidas para el mundo, pero que llenan los días de méritos en la presencia del Señor.

El Cardenal González madrugó siempre, y aparte de la celebración del Santo Sacrificio, oraciones de la mañana y Ofi-

¹ *Thren.* III, 27.

cio canónico, hacía diariamente una hora de meditación y de lectura espiritual; visitaba detenidamente el Santísimo Sacramento, si había ocasión para ello; rezaba las tres partes del Rosario, y se cuidaba por las noches del examen de sus faltas, que confesaba con humildad, por lo menos semanalmente, retirándose además todos los años en algún Convento para practicar ejercicios espirituales. Antes de ser Prelado, y antes de sentir los primeros síntomas de la afección que puso fin á sus días, se dedicó, con la regularidad y método que le eran propios, al confesonario y al púlpito; elevado á los altos puestos en los cuales la Iglesia utilizó sus prendas extraordinarias, gobernó por sí mismo, sin eludir molestias, la grey confiada á su solicitud, distinguiéndose especialísimamente por su prudencia exquisita, por su largueza en socorrer á los necesitados vergonzantes, especialmente á las religiosas, á quienes entrañablemente amaba, y cuya observancia regular mantenía ó restablecía con firmeza. Fomentó la disciplina del Clero y el decoro del Culto divino, fundó numerosas Casas religiosas, amplió la enseñanza en sus Seminarios, instituyó, antes que ningún otro, Círculos de Obreros, previniendo, en cuanto cabía, la pavorosa cuestión social, y vivió en los palacios de Córdoba, Sevilla y Toledo, con la sencillez y parsimonia de un austero religioso.

Aquí comienza, Señores, la parte escabrosa de mi cometido, y el temor de defraudar vuestras esperanzas; porque hay en el ministerio pastoral, ó, si os place, hay en los Pastores de la Iglesia, virtudes que honran el ministerio, y virtudes que le hacen fecundo. Para que el Prelado sea perfecto, ha de estar adornado de esas dos clases de virtudes. ¿Qué aprovecha para el ministerio pastoral una gran caridad, si esa caridad, en vez de difundirse para abrasar en amor de Dios á las almas, se oculta humilde y tímida y esconde sus

llamas en el secreto del corazón? ¿Qué eficacia tendrá, por otra parte, la actividad del celo más exquisito, si no tiene por base y por alimento la propia abnegación y el santo amor de Dios? Las obras meritorias, las acciones laudables en el orden sobrenatural, dice el Angélico Maestro Santo Tomás de Aquino, se aquilatan *ex radice caritatis et ex claritate operis*. Se estiman según el grado de caridad del cual proceden, y según el lustre de la buena obra que ejecutan. San Bernardo expresó el mismo sentir con estas palabras: *Tantum lucere vanum; tantum ardere parum; lucere et ardere perfectum*. Lucir solamente, es cosa vana; solamente arder, es poca cosa; lucir y arder, es lo perfecto.

Con estos precedentes comprenderéis, Señores, la profunda doctrina del Apóstol al exigir en el Obispo cualidades que le santifiquen y cualidades que fecundicen su apostolado. Reduce las primeras á que el Pontífice sea santo, inocente, limpio y separado de los pecadores: *sanctus, innocens, impollutus, segregatus a peccatoribus* ¹. ¿Habéis visto en qué grado excelente poseyó el Cardenal González esas virtudes durante todo el curso de su vida, sin exceptuar la juventud? No solamente se separó de los pecadores: su casa, su familia, las esperanzas más legítimas que el hombre puede alimentar en su corazón, fueron otras tantas víctimas generosamente inmolidas por él á la Cruz de Jesucristo. Y si la obediencia y el deber le impuso más tarde una comunicación, si no con los pecadores, con la sociedad á que había renunciado, ¿no sois todos testigos de que vivió en el mundo como si al mundo no perteneciera? *Qui utuntur hoc mundo tanquam non utantur* ². Sincero, veraz, llano, sin artificios ni cortesánias que

¹ *Hebr.* VII, 26.

² *I Corinth.* VII, 31.

ocultan tantos dobleces y falsías; sacerdote humilde y sencillo por la integridad é ingenuidad de sus costumbres; verdadero israelita en quien el engaño no tuvo asiento; inocente, en una palabra, *innocens*, según el precepto de San Pablo.

Impollutus: sin mancilla. Fué el distintivo de su vida. Unido á Jesucristo por los votos y por la participación en su sacerdocio, comprendió mejor el deber de hacerle el sacrificio de su persona, y la monstruosidad que implica el acto de levantar al cielo manos impuras para implorar el rocío de la gracia, inmolar el cordero inmaculado y presentar á Dios el sacrificio incruento entre nubes de incienso y cánticos de alabanzas. Su devoción, su caridad, el fondo de esa alma verdaderamente santa, se revelaban en su ardentísimo amor á la Beatísima Trinidad, á la humanidad de Jesucristo en los misterios de su Pasión y de la Santa Eucaristía, á la Santísima Virgen María y á sus singulares abogados San José, Santo Domingo y Santo Tomás de Aquino. Así honró nuestro Cardenal el ministerio apostólico de que estuvo investido, santificándose y apareciendo *sanctus, innocens, impollutus, segregatus a peccatoribus*. Veamos de qué manera y en qué forma lo hizo fecundo.

II

El citado Apóstol San Pablo, después de habernos descrito las virtudes que honran el ministerio apostólico y hacen santo á quien lo ejerce; después de habernos inculcado que el Obispo ha de ser irrepreensible en su calidad de dispensador y ecónomo de Dios: *Oportet Episcopum sine crimine esse sicut Dei dispensatorem* ¹, pasa á describir las cualidades que

¹ *I Tim.* III, 2.

le hacen útil á sus fieles por la fecundidad del ministerio. Distinción importante, Señores, ya que, para ser buen pastor, no basta, lo habéis oído, ser buen sacerdote. Mas como la enumeración de estas cualidades pudiera conducirnos demasiado lejos, me detendré en las principales, en las que compendian todas las otras, las que brillaron principalmente en nuestro Cardenal y sintetizan la labor de un gran Prelado. Son, según el Apóstol, la predicación y la enseñanza. *Qui bene præsumt Presbyteri duplici honore digni habeantur, maxime qui laborant verbo et doctrina*¹. Los superiores que cumplen bien con su oficio sean remunerados con doble honor, mayormente los que trabajan en predicar y enseñar.

Aquí, como siempre, es el Apóstol eco fiel de las enseñanzas del Divino Maestro, quien sólo dió una consigna á sus discípulos al enviarlos por todo el mundo: *Docete*, enseñad. La enseñanza sacerdotal es la base indispensable de toda civilización posterior á Cristo: quien se oponga á la libre enseñanza de la Iglesia, se opone á la voluntad y á los designios de Cristo, es un opresor de su ley, de su Evangelio, compendiado en las siguientes admirables palabras de San Juan: «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros; y nosotros hemos visto su gloria, gloria cual el Unigénito debía recibir del Padre lleno de *gracia* y de *verdad*»². La gracia y la verdad, hé aquí toda la religión. Santificar y enseñar, hé aquí todo el ministerio de un Obispo, de un pastor, asociado por divina voluntad á la propagación de la doctrina de Cristo.

¿Cómo se preparó nuestro Cardenal para el desempeño de esa doble misión? Como se han preparado todos los varones apóstólicos: haciéndose *libre* y *santo*. Os he hablado de su

¹ *I Tim.* v, 17.

² *Joann.* I, 14.

santidad: veamos la condición de su libertad, condición de la ciencia y de la enseñanza que hizo fecundo su apostolado.

Hay en nuestros días delirio por la libertad: todos os creéis libres. ¡Ah, Señores, la libertad no es cosa fácil! Para ser libre, es preciso no temer ni esperar nada en la tierra; porque, el que teme, es esclavo de lo que le infunde temor, y el que espera, de lo que alienta su esperanza: está ligado fuertemente por esos afectos del corazón. Para no temer, es preciso no tener ni desear nada, no poseer ni casa. Jesucristo manda á los que toman parte en su ministerio que dejen la casa y la hacienda y la parentela, que lo dejen todo, para que no tengan nada que temer, para que sean libres, para que puedan seguirle. El mismo Salvador protesta de su pobreza, de que no tiene casa ni lecho, cuando hasta las raposas tienen cuevas; que no tiene más parentela que el género humano; que no tiene genealogía; que es como Melquisedech, sin antepasados y sin descendientes.

Nuestro Cardenal oyó esa palabra divina y abandonó la familia natural, no para refugiarse en la soledad ni en el desierto, porque la soledad es impotente; abandonó la familia natural por la familia espiritual, que es poderosa é indestructible; que es muchedumbre, que es pueblo; que tiene y se compone de los elementos imperecederos de una familia eterna, la paternidad, la fraternidad y el patrimonio; se asoció á esa familia superior que pertenece á la esencia misma, á la substancia, como decís vosotros, del Cristianismo, por cuya razón renace siempre, á pesar de las leyes y por encima de las leyes, porque es más fuerte que todas ellas.

¡Ah, Señores! Renan escribió que el Imperio Romano había caído por su empeño en proscribir las familias espirituales, por haber calificado los colegios de ilícitos. Yo podría indicaros aquí que la familia espiritual salvó desde la Tebaida la ci-

vilización del siglo III, en aquella decadencia espantosa, cuando los grandes sólo pensaban en negocios y placeres, y el pueblo pedía únicamente *panem et circenses*; que las abadías del siglo VI la salvaron de la barbarie que siguió á aquella decadencia; y que San Francisco, el hombre de la pobreza, y Santo Domingo, el hombre de la doctrina, salvaron con sus familias de frailes mendicantes á la Europa del siglo XIII de los abusos de las riquezas y de los abusos de la ciencia, que le había proporcionado una espléndida civilización cristiana. ¿Pero para qué recordar lo que todos tenéis presente? La civilización consiste en las letras, en la filosofía, en la libertad y en la religión, y vosotros sabéis que esos grandes elementos de cultura se refugiaron, como en arca santa, en las familias espirituales, para regenerar desde allí á la sociedad en decadencia. Pues allí fué á beberlas nuestro Cardenal para hacerse libre y cumplir su ministerio de enseñar y predicar que la Providencia le tenía señalado, é influir así poderosamente en la regeneración intelectual, moral y religiosa de nuestra patria.

¿Cuál era, Señores, el estado de los espíritus en España al aparecer el P. Ceferino desplegando á los vientos de la publicidad la bandera de la filosofía y de la ciencia social de Santo Tomás de Aquino, adaptada y expuesta según las necesidades del momento?

Dejemos á un lado el primer tercio de nuestro siglo, durante el cual, si los defensores del antiguo régimen fueron tachados de su obstinación en mantener doctrinas tradicionales sin adaptarlas siquiera á las exigencias de la época, y de no haber producido nada nuevo, más que traducciones de Chateaubriand, De Maistre, Bonald y Lamennais, que adolecían del propio defecto; los reformadores, aun los más católicos, profesaban el empirismo y el sensualismo de Condillac, Des-

tutt-Tracy y Cabanis, se inspiraban en el *Contrato social* de Rousseau y en los libros del Abate Mably, y no conocían otra ciencia social que el utilitarismo de Bentham.

Más tarde aparecieron los progresistas, materialistas unos, espiritualistas otros, y todos racionalistas y propagadores de las doctrinas de Hegel y de Krause en las escuelas universitarias; y aparecieron los doctrinarios, tan exóticos como los primeros, discípulos de Cousin, de Daméron y de Rossi, que, si implantaron con mano firme reformas administrativas que no me incumbe calificar, bien puede afirmarse que no enriquecieron la ciencia filosófica con un solo pensamiento racional. Comprenderéis, Señores, los motivos poderosos que me obligan á ceñirme á estas ligeras indicaciones y á no citar nombres que respeto, y cuya intencion salvo.

Contra esa ciencia empequeñecida, que ni conocía el objeto y alcance de la Filosofía, ni el proceso del raciocinio y origen de las ideas, y que ni siquiera estaba en posesión de una teoría, cualquiera que ella fuera, de la verdad y de la certidumbre, levantaron en vano su voz filósofos tan elocuentes y cristianos como Balmes, Donoso Cortés y Quadrado. El escepticismo filosófico del primero, que fué escritor preeminente en ciencias político-sociales, el tradicionalismo acentuado del segundo, y el nuevo rumbo que imprimió á sus importantísimos estudios el eminente crítico de las Islas Baleares, gloria aún hoy de las letras patrias, desvanecieron bien pronto las más lisonjeras esperanzas, concebidas por muchos, de una regeneración filosófica en la patria de Isaac Pereira, de Juan de Santo Tomás y de Suárez.

Mas hé aquí, Señores, que de súbito, sin previo anuncio ni pomposos reclamos, aparece en el escaparate de una sola librería de Madrid un libro que venía de allende los mares, que se titulaba: *Estudios sobre la Filosofía de Santo To-*

más, en el cual se trataban y resolvían magistralmente los más abstractos problemas filosóficos que apasionaban los ánimos. La teoría de la verdad, el problema de la certeza, el origen divino de la razón y el origen de las ideas, la teoría general del entendimiento humano, el origen y la forma del poder, todos los problemas, en una palabra, de la Ontología, de la Cosmología, de la Psicología, de la Ideología, de la Moral y de la Política suscitados por las modernas escuelas de Europa, analizados bajo todos sus aspectos, pesados, examinados y resueltos según la Filosofía cristiana, y contrapuestas estas soluciones á las soluciones de las escuelas racionalistas. El libro estaba escrito por un fraile mendicante de treinta y tres años de edad, en el momento en que España se había olvidado de que existieran frailes. El Congreso de Diputados saludó con frenéticos aplausos la aparición de ese libro, y el pueblo pensador de nuestra patria se estremeció de júbilo porque reverdecían sus antiguas glorias filosóficas y renacían los antiguos gigantes del pensamiento, los maestros del mundo de nuestro siglo de oro, y aclamó por unanimidad, como primer filósofo de nuestro tiempo, al P. Ceferino González.

Lo que después sucedió, lo sabéis, Señores. El P. Ceferino vino á España, y á aquel su primer libro siguieron otros libros, unos para vulgarizar la Filosofía cristiana, otros para exponer y hacer la crítica de todas las Filosofías conocidas, algunos de controversia, y otros para demostrar la armonía y el lazo de unión que enlaza verdades de origen distinto, los dogmas y las conclusiones puramente científicas, los partos de la fe y los partos de la razón, la *Biblia* y la *Ciencia*¹. Y la



¹ El Cardenal González publicó:
Estudios sobre la Filosofía de Santo Tomás.— Manila, 1864, tres tomos 4.^o—*Dos ediciones*.

juventud estudiosa de Madrid, alimentada antes en el eclecticismo de Víctor Cousin, ó en el idealismo de Hegel, acudió presurosa á solicitar y á recibir las lecciones de un discípulo de Santo Tomás; la Universidad Central le ofreció una Cátedra; la Iglesia entronizó al P. Ceferino en las primeras Sedes de España, y el Gobierno y las Academias le colmaron de distinciones y le abrieron las puertas de sus asambleas literarias. Si el hábito de Santo Domingo reconquistó el derecho de ciudadanía en Francia, merced al prestigio de un orador incomparable, en España debe ese insigne beneficio al renombre de un filósofo profundo.

Desde entonces, Señores, España paga en oro, y en oro de buena ley, el cambio de doctrinas y de ideas que hacía más de medio siglo importaba al fiado, porque las obras del Cardenal González pasaron los montes y los mares, y fueron traducidas á las más cultas lenguas. Desde entonces se puso un dique poderoso á la propaganda de sistemas sensualistas é ideológicos, irreconciliables con nuestra historia, con nuestras creencias, con nuestras costumbres y hasta con nuestra lengua. Y si el resultado es menos satisfactorio de cuanto deseamos, cúlpese á esa estrecha ley de Instrucción pública, en pugna con la Constitución del Estado, que supedita la ciencia al monopolio y al interés de textos sin interés y que tiene

Philosophia elementaria.—Madrid, 1868, tres tom. 4.^o—Nueve ediciones.

Filosofía elemental.—Madrid, 1873, dos tom. 4.^o—Siete ediciones.

Estudios religiosos, filosóficos, científicos, etc.—Madrid, 1873, dos tomos 4.^o

Historia de la Filosofía.—Madrid, 1878, tres tom. 4.^o—Dos ediciones.

La Biblia y la Ciencia.—Madrid, 1891, dos tom. 4.^o—Dos ediciones.

Publicó además en Manila un folleto sobre la Electricidad y otro sobre los Terremotos; y en España, varias Pastorales, los Discursos de ingreso en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, y en la Academia Española de la Lengua. Dejó inéditos algunos Sermones.

aherrojada la libertad académica. Pesan en parte esas mismas trabas legales sobre los Seminarios, ahogando todo estímulo, toda emulación y todo progreso; pero como, al fin, las ligaduras son más flojas, los Seminarios se redimen de día en día de la servidumbre exótica, y poseen elementos propios y genuinamente españoles, no sólo para el estudio de las asignaturas eclesiásticas, sino para las Humanidades, las Ciencias, la Prehistoria, la Arqueología y hasta para la Asiriología y Egiptología.

Así cumplió, Señores, el Cardenal González con el deber inherente á su ministerio pastoral de predicar y enseñar; así influyó poderosamente en la regeneración intelectual, moral y religiosa de nuestra patria, trazando el camino que siguen hoy otras lumbreras del saber, prez y gloria de España; así aparece á los ojos de la posteridad como un sabio religioso y como un religioso sabio, en quien el hombre profano debe admirar el saber, y el hombre religioso aplaudir la virtud. El P. Ceferino reunió en su persona las grandezas de la ciencia, las grandezas de la fe y las grandezas de las dignidades humanas; y de él podemos decir, como San Gregorio Nazianceno del grande Atanasio: *Athanasium laudans, virtutem laudabo*, porque pronunciar su nombre es hacer el panegírico de la virtud. *id; n est illum dicere quod virtutem laudibus efferre*¹.

¿Lo dudáis? ¡No, Señores, no lo dudáis! Vosotros, que, poseídos de santa admiración, habéis visto al sabio anhelar en sus postrimerías por ir á postrarse ante la imagen sagrada de Nuestra Señora de Lourdes, para ofrecer á sus pies el holocausto de una vida consagrada toda á la gloria de Dios. ¡Ah, Señores, el hombre se agranda al hincarse ante Dios! El

¹ *Orat. in laudem S. Athan.*

P. Ceferino á los pies de la Purísima Virgen, ofreciéndole, no su ciencia, sino su vida, es mayor que todos los sabios; es el sabio Santo, según el corazón de Dios.

Su muerte — pues hemos perdido al justo y al sabio, — y la paciencia con que padeció y sufrió la crudelísima y larga enfermedad que aquilató sus grandes merecimientos por espacio de diez y seis meses, fueron corona digna de su grandeza de alma, de su humildad cristiana, de su resignación en la divina voluntad, de su fe inquebrantable en las divinas promesas. Lloremos, porque el Cristianismo no es bárbaro; lloremos la desaparición de un astro luminoso que se ha puesto para la tierra y nacido para el cielo; para esa vida inefable que no padece ocaso ni deficiencias ni eclipses; posesión completa, y toda á la vez, de una perfecta bienaventuranza: *Interminabilis vitæ tota simul et perfecta possessio* ¹. Y si, á pesar de los indicios moralmente ciertos que tenemos de su felicidad actual, le queda alguna mancha que retarde su intuición de la divina esencia, apresurémonos con nuestros sufragios á quitar ese obstáculo, para que, por la divina misericordia,

REQUIESCAT IN PACE. AMEN.

¹ Boecio, *De Consolat.*